

## Murcia

Florencio Martínez, 76 años

Carmen Espada, 70 años

Alberto Toledo Ros, 22 años

### CAPÍTULO LXXV (APÓCRIFO)

Desde luego era totalmente imposible. Nunca en la vida, nadie, se habría esperado encontrar en Los Ramos, un diminuto pueblo alejado del bullicio social, tal magno hallazgo. Nada más y nada menos que —el lector deberá detenerse en lo que sigue varias veces— un capítulo más de la Historia. Insisto yo mismo: un capítulo más de la Historia. Y escrito a mano. Y con preciosa caligrafía. Florencio, se llama el compositor, pero vayamos por partes.

Obviaremos iniciar el cuerpo del texto con tópicos biográficos. Vayamos de lleno a algo que define inmediatamente a nuestro protagonista: su gran sueño. Florencio sueña con visitar las pirámides de Egipto. Como se verá, no hay nada más representativo de su personalidad. El viaje supone un encuentro con la historia, pero también con el misterio de la antigüedad, una cita con toda una civilización antepasada; en definitiva, una comprensión del tiempo, o más bien un siempre imposible pero gratificante y “deificante” —permítanme la licencia— intento de alcanzar la atemporalidad, que no la eternidad. ¿Qué hará si cumple tal sueño? Todo lo que se puede hacer ante los más grandes y trascendentales acontecimientos que se le presentan a uno en la vida: “lloraré”. Como decía, el detalle explicado en este párrafo es suficiente como para hacerse una idea del perfil de Florencio. No obstante, y para no quebrantar del todo —o mejor dicho, más todavía— las exigencias periodísticas, diremos que este señor tiene 76 años —seis más que su mujer, Carmen—, que de su matrimonio nacieron dos hijas y dos hijos y de éstos un total de once nietos, que son católicos y monárquicos.

Admitamos ahora el origen de este artículo. Hablando con el matrimonio de todo un poco, aparecieron unas palabras por parte de Florencio —hombre de cultura y mente enciclopédica— que el que suscribe tardó en asimilar. Fueron algo así:

—Tengo escrito *El Quijote* a mano.

Y tras unos segundos de reflexión —o más bien de recuperación, o quién sabe si mera asimilación— pude llegar a balbucear la más inteligente de las respuestas posibles: ¿Qué?

—Que escribí *El Quijote* a mano, insistía. ¿Cómo que a mano?, insistía yo también, en lo que representaba un claro desafío. Sí, a mano, afirmaba con pasmosa rotundidad. Pasaron varios segundos y tras un importante esfuerzo neuronal logré superar el tremendo reto y entendí a qué se refería: ¡Había escrito *El Quijote* a mano! Entiéndanme, esto había que contarlo. Por cierto, merece la pena citar cierta frase suya: “Desafío a que alguien encuentre algo que falte. Me puedo apostar un millón de euros, que lo gano”. A ver si algún valiente...

Poco después hice la otra pregunta obligada, la que cualquiera habría hecho: ¿Por qué? Su acto cobra el más —y deben perdenar la cursilería— bonito de los sentidos al descubrir que no tiene más objeto que el de servir de regalo para un hijo, además del obvio homenaje a un Miguel de Cervantes que ya me imagino sonriendo allá lejos. Esta idea solamente podía pertenecer a una mente capaz de conocer Francés, el Griego, y el Latín. Por si llama la curiosidad, empezó un 23 de octubre de 2005, año del IV Centenario de la obra, y finalizó un 16 de enero de 2007.

Florencio me ha puesto realmente difícil realizar el común perfil. Quería hablar de su infancia en Los Ramos, de cómo arrasó en París, de las penurias de las épocas lejanas, pero claro, con *El Quijote* a sus espaldas copiado, por cierto, de una edición de 1931... En fin, detengámonos brevemente en un curioso episodio. Con 12 años, y por influencia familiar, ingresó en el seminario donde pasó nada menos que diez años. Él mismo

resume el final de la historia: “Pensaba ir al altar sólo y fui acompañado”. Habla de su esposa, claro, que por cierto, guarda clasificada desde 1967 un total de 2.754 recortes de revistas de la Familia Real, convirtiendo su pueblo en un archivo sobre la Realeza a tener en cuenta.

Florencio confiesa que “lo que más me ha gustado es lo más aburrido: los discursos de *El Quijote*; me he dado cuenta al copiarlo”. Y de repente, otro meteorito. Uno cree haber llegado al techo de la sorpresa hasta darse cuenta de que también puede subir a la azotea.

–Añadí un capítulo.

–¿Qué?

–Que añadí un capítulo.

–¿Cómo que añadió un capítulo?

–Sí, añadí un capítulo.

Casi cuatro siglos después, ese mismo hombre que desafía a la evolución tecnológica escribiendo como un monje de la Edad Media –“con pluma estilográfica en la que inyectaba yo mismo la tinta”– se atreve a expandir todo un símbolo patrio. Seamos sinceros: ni el mismísimo Cervantes tendría más derecho a añadir un capítulo a *El Quijote*. Es más, Florencio, el hombre que se metió a cura y salió Cervantes, tal vez no añadió nada, simplemente cerró la obra. “Temo la reacción de los de la Real Academia de la Lengua”, decía bromeando.

Llegados a este punto, puedo entender la curiosidad del lector. ¿Qué sucede en ese capítulo? Le pido la misma comprensión: no soy nadie para revelar un secreto de tal magnitud. Sí me veo capaz, no obstante, de adelantar su título, no con la suficiente autoridad moral como para reducir el original a minúsculas y siempre considerando su escritura mecanografiada el primer crimen al Capítulo LXXV de la Historia:

CAPÍTULO LXXV (APÓCRIFO):

DE LA EXTRAORDINARIA AVENTURA QUE DON QUIJOTE, COMO BUEN CABALLERO Y ESPAÑOL, QUISO LIBRAR CON EL MESMO SATANÁS POR EL DESAFUERZO QUE DECÍA LE HABÍA HECHO ÉSTE A UNA DONCELLA

## LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Pedí a Florencio una reflexión nada fácil: ¿qué merece la pena de la vida? Lejos de comentarla, me limitaré a plasmarla tal cual me la ofreció, pues es la mejor forma de respetarla y permitir que el lector pueda apreciarla como se merece.

¿Qué merece la pena de la vida? “Todo lo bueno y bello que existe: El amor, que, entre otros, engendra la familia y los preámbulos para fundarla; la entrega a los demás hasta dar la vida por ellos si es preciso; las Ciencias que, con sus adelantos bien encaminados hacia el bien nos la hacen más agradable; los buenos amigos; las innumerables bellezas de la naturaleza: la salida y puesta de sol, la lluvia, la nieve, los bosques, las tormentas, la luna, las estrellas, etc; la primera sonrisa de un niño que ya cantó el poeta Virgilio; las Bellas Artes, todas; estar en paz con uno mismo, con Dios y con los demás; la sonrisa con que te agradece un desconocido el favor instantáneo que le has hecho; cuando vas por la calle con mal humor y ves, con sorpresa, que las gentes no son tan mal intencionadas como pensabas hace sólo unos instantes. Con todos estos componentes, vivirla plenamente”.